



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (1)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

EL PADRE DAMIÁN por Hilde Eynikel (1)

PRÓLOGO	3
Capítulo I: LA JUVENTUD 1840-1858.....	5
Capítulo II: ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES 1859-1863	21

EL PADRE DAMIÁN

Hilde Eynikel
Cerf/Racine, 1999, 257pp.

PRÓLOGO

Aún vivía cuando ya Damián de Veuster fue una leyenda, una figura casi mítica, y *apenas* se exagera cuando se le configura como un personaje mediático adelantado a su tiempo. Visitantes, como Charles Warren Stoddard y el doctor Woods, hablan de este misionero y de su apostolado en términos hiperbólicos. A la inversa, el predicador protestante Charles McEwen Hyde mojó su pluma en el vitriolo. En cuando a Robert L. Stevenson, redijo a migajas las acusaciones irreflexivas de Hyde sobre la reputación del padre Damián. Molokai, una isla perdida al final del fondo del Pacífico, adquirió una celebridad que hace soñar a más de un productor de artículos para el gran consumo. Pero esta reputación acorraló también a Damián para que jugara el papel de "Héroe de la caridad" y el de "Apóstol de los leprosos". Se convirtió en el luchador solitario, el confinado blanco, sólido como una roca, en el infierno de la colonia de los leprosos de la península de Kalaupapa. Por esta razón tomaron forma las representaciones extravagantes propias de un registro hagiográfico: el santo de sonrisa untuosa que realiza milagros con una mano sedante, el hombre íntegro e incorruptible cuyo caminar sobre la tierra conduce derecho al coro de los bienaventurados. Imágenes invulnerables, protegidas por el manto de la santidad y por el escudo de la leyenda convertida en realidad.

¿Quién era Damián de Veuster, este último retoño de una familia de comerciantes-agricultores de una aldea campesina flamenca llamada Tremelo? Con el paso ineluctable del tiempo, la realidad concreta se difumina, lo mismo la del personaje que la del contexto histórico en que ha vivido. La búsqueda de testimonios pertinentes, no deja de tener sus riesgos, porque el historiador se lanza a una aventura de consecuencias poco previsibles. Efectivamente, no todos están dispuestos a poner en cuestión la imaginaria tradicional, anclada en los espíritus después de tantos años, de un personaje querido y honrado. Por otro lado, es también verdad que un acercamiento honesto a los hechos históricos y exentos de prejuicios contribuye a una apreciación profunda del protagonista, en este caso el padre Damián de Veuster. Además, la investigación histórica es una disciplina científica que ha de alardear, tanto como sea posible, de los materiales atestados por los

documentos. El autor de una biografía histórica, no ha de perder el tiempo con las interpretaciones que no vienen apoyadas por algún hecho. Del mismo modo, el autor no reivindica competencia alguna en materias que son extrañas a su disciplina: el estudio de la espiritualidad del padre Damián no entra en el marco del relato histórico de la vida de este misionero del siglo XIX.

Aquí es donde comienza para el lector la interacción entre la biografía histórica y la interpretación de los datos históricos.

La presente biografía de Hilde Eynikel, por otro lado, no tiene otra intención que la de proponer un relato de la vida de Damián. Es una investigación que se apoya sobre un estudio profundo de las fuentes conocidas y disponibles, y que ha constituido la base de la tesis de doctorado que la autora presentó y defendió en la universidad católica de Lovaina en 1996. Esta nueva biografía introduce al lector en la vida de un hombre que tiene una historia y cuyo rostro quedó marcado por esta historia. Es el relato de la vida de Damián de Veuster desde la cuna a la tumba, una vida semejante a la de cualquiera y, sin embargo, tan diferente. La infancia del pequeño Jef de Veuster no ofrece contrastes con la de sus contemporáneos. Un torbellino de acontecimientos, que determinaron fundamentalmente el curso de su existencia, marca el paso de joven a la edad adulta: la conciencia de su vocación religiosa, su entrada en la Congregación de los Sagrados Corazones, sus estudios, su vocación misionera. Después, de repente, todo se acelera: No tiene más que veintitrés años cuando se embarca hacia el universo desconocido de Hawaii. Retrospectivamente, nada de particular. Por lo demás, durante sus nueve primeros años de apostolado, Damián realiza las mismas experiencias que todos los jóvenes misioneros; experimenta la euforia y la depresión, los momentos de felicidad intensa y de gran soledad, y entra en contacto con el mundo de los leprosos. Sólo después del 10 de mayo 1873 es cuando bascula su vida.

En el microcosmos de Kalawao-Kalaupapa, se convierte en "el hombre de Molokai", el sacerdote misionero que excita la admiración y desencadena la controversia,, el religioso que se sobrepasa a sí mismo y trasciende su época. Es esta la primera biografía de Damián en que le vemos asumir, con plena consciencia, el peligro de contraer la lepra; esta resolución le viene dictada por la convicción de que solo una verdadera inculturación le permitirá ganar tanto el corazón como el alma de los hawaianos. Contrariamente a los emigrantes blancos imbuidos de su superioridad, que imponen sin escrúpulos su cultura a la población autóctona, Damián se hizo hawaiano con los hawaianos; tomó la defensa de los derechos de los confinados, comprendiendo y compartiendo la suerte de esos hombres y de esas mujeres relegados de la sociedad. Sus intervenciones ante las autoridades le causaron muchos problemas, pero consiguió mejorarlas condiciones de existencia de estos exiliados. No temía los riesgos inherentes a las experiencias "médicas" realizadas con la esperanza de erradicar la propagación de la lepra o al menos de suavizar el dolor físico. Damián rompió el tabú de las barreras religiosas y transformó la colonia de los leprosos en una comunidad donde los individuos podían estar de acuerdo y quererse por encima de las disensiones filosóficas.

En esta biografía, se presenta a Damián con sus imperfecciones: es un hombre a veces ingenuo, a menudo irreflexivo y tozudo, pero también un ser torturado por la soledad y la incomprensión, y sufriendo por la envidia de que es objeto. Pero todo esto no hace mella en su determinación, en su fe profunda ni en su fidelidad a su vocación de religioso de los Sagrados Corazones y de médico de las lamas de los leprosos deportados. Ni los compañeros difíciles de soportar - como André Burgerman y Albert Montiton -, ni los numerosos conflictos con sus superiores - el obispo Hermann Köckemann y el provincial Leonor Fouesnel - desacuerdos que se mantuvieron hasta la muerte, no pudieron minar su lealtad a la Congregación. Por intransigente, indignado o colérico que pudiera haber sido Damián, siempre estuvo dispuesto a reconocer sus errores y, si era necesario, a perdonar.

Damián era un "superviviente" que, gracias a una fe profunda y a un sentido agudo de humor, siempre había conseguido salir del abismo. Las visitas de los simpatizantes, tales como Charles Warren Stoddard, el doctor G. W. Woods y Edward Clifford, y el sostén de tantos admiradores y donadores generosos de todo el mundo, han representado sin duda otros tantos resplandores de esperanza en su vida. El afecto de sus cercanos colaboradores, preocupados por su bienestar, suavizó sus últimos días y la presencia de su compañero religioso Wendelin Möllers fue para él una verdadera consolación. Su compatriota nacido en Lieja, Luis Lamberto Conrardy, y el americano José Dutton, velaron por la continuación de la obra que él había emprendido. Y, finalmente, tuvo la alegría última de acoger a las religiosas franciscanas que él esperó desde hacía tantos años. Podía morir en paz. *(Dos hojas siguientes el plano de las islas)*

Capítulo I

LA JUVENTUD 1840-1858

El padre Damián de Veuster - hawaiano, leproso, proscrito - fue una víctima, como lo habían sido sus abuelos, nacido ciudadanos de los Países Bajos austriacos, porque habían vivido la revolución contra el régimen vienés y padecido el terror instaurados por los *sans-coulottes*. Damián fue un rebelde, como sus antepasados que reaccionaron contra el cierre de las iglesias no casándose más, planteando así un acto de desobediencia civil que engendró un oleaje de "bastardos". Después de la restauración de un cierto orden por Napoleón, los flamencos permanecieron por largo tiempo reacios al matrimonio. El padre de Damián, Frans, nacido el 2 de abril 1801, recibió al nacer el patronímico de su madre, Jeanne Uitterhoven. Cuando la madre de Damián, Anne-Catherine Wouters, para los conocidos Cato, dio su primer grito, el 22 de marzo 1804, sus padres, Abraham Wouters y Elisabeth Govaerst, no habían pasado ni ante el alcalde ni ante el párroco. Las dos parejas solo legalizaron mucho más tarde su unión. Al ser primos los de

Veuster y los Govaerts, la infancia de Damián se desarrolló dentro del capullo protector de una gran familia unida, de un clan, de una tribu.

Pequeños comerciantes laboriosos, los abuelos supieron aprovechar de la prosperidad económica bajo Napoleón. Del lado paterno, el negocio fue manejado con mano maestra por la abuela dominante, que transformó en centro comercial la casa familiar al lado de los meandros del Dyle, primera construcción en ladrillos entre el conjunto de granjas. Enviaba a su esposo Hendrik a moler su grano a los molineros que ofrecían mejor precio. Mientras esperaba su turno del molino de agua de la pequeña ciudad valona de Rebecq, descubrió en ella el pensionado del maestro Alexandre Solvay, donde los niños de los ricos terratenientes flamencos, neerlandeses y hasta alemanes, recibían una formación general en francés, que giraba en torno a la gestión de una gran explotación agrícola. A Hendrick no le costó gran cosa convencer a su esposa, un poco snob, para que enviara a los dos hijos a esta escuela de prestigio.

Abraham Wouters, el padre de Cato, enriquecido por los sustanciosos encargos que le pasaban los furrieles del Gran Ejército, también él se encontró en posición de permitir a sus tres mayores seguir los cursos de la institución Solvay.

En diciembre 1814, la escuela determinó que volvieran a sus casas los jóvenes pensionistas. En efecto, el ejército de Napoleón había sido derrotado por las potencias aliadas cerca de Leipzig y los soldados heridos afluían a Rebecq. Los Solvay, que deploraban el destierro de su venerado emperador a la Isla de Elba, se sentían aliviados de que los antiguos Países Bajos austriacos se quedaran bajo dominio de Francia, donde reinaba Luis XVIII.. Cuando los soldados holandeses acamparon en las casas cercanas del pensionado, lo mismo que las tropas alemanas y británicas, y hasta los soldados rusos, infestaron la región, el descontento se generalizó, tanto más porque Bélgica fue entonces cedida a los Países Bajos. Cato, quien apenas se preocupaba de política, aprovechó la general desorganización para jugar con el bebé de los Solvay, la pequeña Eugenie-Angelique, y se entretenía largo tiempo con su querida maestra, Rosalie. El 22 de marzo 1815, la noticia del desembarco de Napoleón llegó a Rebecq. Las fuerzas aliadas fueron puestas en estado de alerta.

Al amanecer de la cálida noche del 14 de junio 1815, sonó la alarma: el ejército de Napoleón había franqueado la frontera. Los pensionistas debían huir. Frans se vio obligado a asumir la responsabilidad de su hermano Jacob y de sus primas Cato, Jeanne y Anne., que tenían entonces once, nueve y siete años.

A lo lejos tronaban los cañones. Agotados, llenos de miedo, los niños durmieron en un pequeño bosque. Al día siguiente, poco después de mediodía, una violenta tormenta desgarró los cielos, un granizo como de grandes piedras golpeaban los cuerpos temblorosos de la pequeña tropa. Después, de repente aparecieron los desertores; el deseo les brillaba en sus

ojos. Martillaron el cuerpo de los niños con otro cañonazo que les desgarró el vientre al ritmo de los estallidos lejanos. Frans y Cato asistieron a la escena impotentes. La guerra se había convertido en sangre y dolor.

Los desdichados llegaron por fin a Haecht. Una bahía de paz y de calor les esperaba, eso creían ellos. La realidad era totalmente diferente: los soldados al servicio del duque de Brunswich habían incendiado la quesería. Los tres pequeño Wouters se encontraron sin abrigo y sin una moneda. La casa de los de Veuster se mantenía aún en pie, pero los dos niños estaban traumatizados por la responsabilidad que no habían podido asumir.

Abraham Wouters, que tenía seis hijos que alimentar consiguió préstamos y reconstruyó su pequeña empresa. Había sin embargo perdido la clientela de los furrieles y debía vender por piezas sus quesos en los mercados de los alrededores. Una prima que era begüina en Malinas propuso que podía tomar en su casa a las tres hijas mayores. Las pequeñas se instalaron en la pequeña casa del beguinaje, donde, bajo la vigilancia de la piadosa mujer encapuchada, aprendieron a bordar escuchando de santas lecturas. Esta tranquila rutina les produjo inicialmente la paz de la que tenían necesidad, pero muy pronto, Cato contaba los días que la separaban de su liberación. De vuelta a su casa, trabajaba con su padre y ayudaba a su madre, de nuevo embarazada. Cuando aparecieron los primeros rondadores de Isabel, Cato advirtió que ya no tenía la regla. Sus padres buscaron saber quién era el padre, pero Cato se encerró en un silencio obstinado.

Poco después, Abraham murió Cato, que tenía veintitrés años intento convencer a los banqueros para que le confiaran el negocio familiar, pero, como era una mujer, la respuesta fue negativa. No tuvo otro recurso que vender la quesería, y después con su madre, sus seis hermanos y hermanas y su propio bebé - Eugenie-Angelique (a la que llamaban el bebé de los Solvay) - se instaló en una casa nueva en Tildonk.

La vida no se convirtió en más fácil. El 3 de enero 1828, Jeanne, una de las hermanas de Cato, murió de fiebre puerperal al dar a luz a un hijo natural nacido muerto. Cato, de nuevo embarazada, no soportaba más las críticas que tenía que sufrir y buscó refugio en casa de su tío que explotaba un albergue en Haecht. El 13 de julio 1828, a la edad de veinticuatro años, dio a luz una pequeña hija, a la que llamó Elizabeht como su madre, y Rosalía como su bienamada maestra de la institución Solvay. Pero a la niña la llamaban afectuosamente Constance. Se murmuraba que el padre era un tal Constant. Finalmente, Cato dio el paso de la respetabilidad. Frans de Veuster la había pedido en matrimonio. Durante la ceremonia civil, que tuvo lugar el 30 de julio 1829, reconoció legalmente a Eugenie y Constance. Debieron esperar hasta el 14 de setiembre para festejar el matrimonio: efectivamente, como sus padres eran primo hermanos, necesitaban una dispensa de las autoridades eclesiásticas. Para Cato, aquel día fue una fiesta de verdad una fantasía, un momento de gloria última antes de franquear las puertas de un nuevo infierno. En efecto, *Mamère* - como se hacía llamar Jeanne - otorgaba únicamente a sus hijos la dignidad de dueño de la casa. Lo mismo que a los criados, ninguna venia se le escatimaba a Cato. Por la noche, zurcía los vestidos de sus niños y

acomodaba para el pequeño Léonce, nacido en la primavera de 1830, los antiguos vestidos usados por sus hermanas. El bebé no tenía más que algunos meses cuando estalló la revolución belga, que vio invadido el país por 35.000 soldados holandeses seguidos de 50.000 de la soldadesca francesa bajo el bastón de mando del general Gérard. Las grandes potencias que no querían un conflicto armado, buscaron un arreglo. Cato estaba de nuevo embarazada hasta los ojos cuando fue proclamada la independencia de Bélgica. Los de Veuster, que sostenían al nuevo régimen profrancés, llamaron a su segundo hijo Gérard, en honor del liberador de la patria.

En 1839, después de diez años de matrimonio, Frans y Cato tenían tres hijas y tres hijos (una pequeña, Paulina nacida en 1835 y un pequeño Augusto en 1837). Como Cato estaba siempre a la greña con su madrastra en una guerrilla incesante, el abuelo Hendrik estimó que ya había llegado el momento de que las dos familias se separaran. En 1839, Frans había acumulado suficientes economías para construirse una casa de ladrillos, no lejos de la de sus padres. Para no consagrarle todos sus ahorros (956 francos belgas), decidió limitarse a un piso y medio. En la parte baja habría dos piezas: la sala familiar y el salón; en cuando al "medio piso", tendría tres habitaciones, bajo un techo en pendiente recubierto de paja. Una trampa debía permitir acceder al granero. Las construcciones anejas construidas en madera estarían dispuestas en cuadrado, alrededor de patio interior. En el centro había un basurero, que durante las calientes jornadas de verano, desprendían inmundos penachos de humos. Un portal de madera protegía la granja del mundo exterior.

Cuando la familia estuvo en su casa, Cato estaba a punto de alumbrar a su séptimo hijo. Esperaba un nacimiento para el 3 de enero, día aniversario de la muerte de su hermana Jeanne y de su bebé. Sin embargo, esa misma noche, sintió los primeros dolores. *Mamère* y la madre de Cato, a la que llamaban *Meke*, llegaron, mientras Frans bebía una "gotas" con el futuro padrino. Este comerciante de granos de Amberes esperaba dos cosas: que el niño pudiera ser bautizado el mismo día y que habría de ser un chico a quien se pondría el nombre de José.

Cuando por fin nació el bebé - un sólido chicarrón perfectamente construido - las mujeres de las granjas decoraron el carricoche de cintas multicolores. La madrina que tenía catorce años, como el mayor de C, envolvió al bebé en mantas y el feliz cortejo se puso en camino hacia la iglesia de Tremelo, donde el párroco bautizó al niño.

En el verano de 1842 - el pequeño José o Jef tenía entonces dos años y medio -, se produjo un drama. Una mujer empapada en sudor irrumpió en el corral de la granja. "Eugenia se ha ido con un buen mozo al pequeño bosque detrás del camino de la iglesia, decía jadeando. Lo están haciendo". Cato se armó de una escoba y recorrió sin parar los tres kilómetros que la separaban de Tremelo. Loca de rabia, se introdujo en el bosque de la cita, donde encontró efectivamente a Eugenia con un chico. Histérica, Cato dio una severa paliza a la pareja. Su hija no sería una mujer tirada! Ella conocía demasiado bien esta

maldición. Llevó sin miramientos a la adolescente que chillaba: toda la aldea podía saber que no soportaría que su hija fuera una ramera. Llegados a la granja, se aprestó a dar a Eugenia la paliza de su vida.. Escondidos en un rincón, los otros niños miraban el espectáculo terrorífico. Sus ojos dilatados por el miedo, sufrían con su hermana a cada golpe que se abatía sobre su cuerpo tembloroso.

Pero los golpes de bastón no eran el mejor preservativo, provocan la rebelión. Se imponían urgentemente otras medidas. Al día siguiente, Cato llevó a su dos mayores a la casa de su abuela., en Tildonk. *Meke* propuso ingresar a las jóvenes muchachas en las ursulinas, que estaban delante de su casa; dentro de los muros del convento, las hijas estarían bien guardadas y aprenderían el francés.

En el recibidor, los ojos de las cuatro mujeres que no se atrevían a mirarse, se perdían en los helechos, los cuadros y los muebles esculpidos. La madre superiora comprendió enseguida la situación. Pasó su mirada por la joven apaleada, la madre irritada, la abuela a disgusto, la hermana pequeña asustada y declaró que las jóvenes podían permanecer. Eugenia siguió a la religiosa sin tan siquiera decir adiós. Su mirada se clavó en la toca blanca, encaramada como un pájaro en pleno vuelo sobre la cabeza de la buena hermana.

Después de haber hecho sus cuentas, Frans decidió enviar a Leoncio, que tenía doce años, y a Gérard, que tenía seis, ala institución Solvay de Rebeck, que al presente era un internado para chicos. Con el corazón lleno de dolor, Cato vio de repente a su familia reducirse a tres niños: Paulina, Augusto y Jef. En agosto, cuando Cato fue a buscar a sus hijas para las vacaciones de verano, Eugenia rehusó firmemente a acompañarla. Tenía dieciséis años, era adulta había decidido tomar el velo. Cato estaba desolada. Su hija mayor tomó el nombre de sor Alexis del Sagrado Corazón y partió para enseñar como misionera a los Países Bajos. En setiembre, Constance se unió allí a su hermana en calidad de alumna.

Mientras tanto, Cato constata que esta de nuevo embarazada. Promete consagrar a la Virgen este niño que era una bendición a su edad. Maria-Mélanie (o Marieke) nació el día de la Asunción, el 15 de mayo 1844. El lunes de Pentecostés, Cato aún sin reponerse de sus alumbramientos, no se sentía demasiado valiente para participar en la kermese de Wechter. Confió a Paulina, con nueve años, la pesada tarea e ocuparse de Jef, un pequeño buen hombre de cuatro años muy turbulento. Toda la familia, bajo la dirección del abuelo Hendrik, asistió a la Misa Mayor, al pie del púlpito, al lado del reclinatorio recubierto de terciopelo verde en que brillaba la placa en cobre con el nombre de Cato. Después del oficio se colocaron sobre un lugar por donde pasaría la procesión antes de ir a la kermese. Fue una bella jornada de fiesta. De rente, Paulina perdió a Jef entre la muchedumbre. Se lo advirtió a Augusto, que alertó de inmediato a Frans y Hendrik. Recorrieron en todos los sentidos el campo de la feria pero no encontraron huella alguna del pequeño. El abuelo resolvió reflexionar

lógicamente. ¿Qué hace un niño de cuatro años cuando se pierde? Va a un lugar que le es familiar. ¿Qué lugar conoce Jef en Werchter? La iglesia, con seguridad, donde sus padres van a Misa el domingo y alguna vez entre semana. Hendrick se acercó al púlpito y encontró a Jef acurrucado junto al reclinatorio reservado para su madre. El anciano se sentó al lado del niño y e puso a consolarle. Así es como nació la leyenda que pensaba que Damián había renunciado alas alegrías de la fiesta para ir a rezar. O aún mejor, que hubiera salido en medio de la noche, vestido tan solo del camisón de dormir para ir a la iglesia de Tremelo.

El abuelo se ocupaba mucho de los niños pequeños. Les llevaba e grandes caminatas por las vastas tierras que poseían los de Veus. (Casi toda la aldea de Ninde trabajaba para la familia; Frans, él solo, empleaba diecisiete personas.)Iniciaba a Jef y a sus dos primos de su misma edad las maravillas de la naturaleza. Cuando el niño se había comportado bien, podía montar a caballo; tumbado sobre el lomo del animal, con las rodillas apretadas contra los flancos, se agarraba a la crin y lanzaba al penco al galope por el prado.

Este feliz periodo se acabó con la muerte del abuelo, en 1845. El pequeño Jef, que tenía cinco años y medio, encontró un cierto consuelo al lado del pastor Tiske Vie. Este hombre le enseñó a ocuparse de los animales, llamando la atención del muchacho cada vez que una oveja estaba preparada para embestir.

Cuando Cato no estaba por allí, Tiske, que sin embargo era un profundo creyente, se ponía a recitar las letanías de juramentos y obscenidades que hacían reír a los niños hasta las lágrimas. Les chiflaba también las historias de fantasmas. El pastor les conducía aveces hasta cabaña de Peter Hoeylichen, un brujo que tenía el poder de echar un mal de ojo a sus enemigos. Se decía que poseía un manual de brujería, pero esto era algo que los pequeños de Veuster preferían ignorar: su madre ¿acaso no era capaz de descifrar los caracteres góticos del gran libro de vidas de santos, una proeza reservada tan solo a los brujos?

A Jef le gustaba escuchar a su madre leer las historias edificantes, como aquella de la vida de San Pánfilo, un erudito y un sabio que había sido martirizado. Su relato preferido era sin embargo el de los gemelos Cosme y Damián, dos médicos serviciales que habían muerto mártires.

Ala hora de la comida, Cato llamaba con un cuerno de vaca. Siendo ya la señora de la casa, imitaba a su suegra. Se mantenía de pie para rezar el "*benedicite*" que era la bendición en latín, y nada de meter la cuchara en la gran marmita de guisado o de puré de patatas antes de que hubiera pronunciado claramente "amén". la única palabra que la mayor parte entendía. Mientras tanto, Frans comía solo en una pequeña mesa de la bella sala, excepto cuando recibía a un a visita importante o cuando Léonce y Gérard estaban de vacaciones, porque la "vajilla bonita" estaba reservada para los hombres.

El domingo toda la familia iba a Misa a Wechter. Sobre el camino de hierba que corría sobre las pendientes de contención elevadas a lo largo del Dyle, Cato desgranaba a toda velocidad su rosario; los niños la seguían respondiendo en voz alta las oraciones. En cuanto aparecían las primeras casas, Cato abandonaba sus devociones para observar a los campesinos, irritándose de ver a algunos que se atrevían a profanar el día del Señor. En la iglesia examinaba a los asistentes, descubriendo los nuevos vestidos, las miradas entre los ojos a medio cerrar, los parroquianos que tenían el rostro de madera. Frans se dormía generalmente durante la homilía; Cato le daba entonces un codazo para despertarle, sin enfadarse de verdad más que cuando roncaba. Después del oficio, el padre iba al café, mientras la madre se volvía a casa con los niños, preguntándoles sobre lo que había dicho el cura durante el sermón.

Jef no frecuentaba la escuela de Tremelo, porque el "maestro" era un borraco. Acompañaba a su hermano y a su hermana a Wechter; durante el invierno tenían a veces que faltar a clase, cuando el camino estaba inundado. El maestro era partidario de una enseñanza en la lengua materna de los niños, preparaba minuciosamente sus lecciones; era severo y exigente, pero justo. Jef, que no se contaba entre los más sabios, recibía a menudo un castigo ante toda la clase, encasquetado con un ridículo bonete de orejas de burro. No siempre llegaba a la hora porque se paraba en el camino a coger peces, a recoger piedras planas para que planearan por encima del agua o, en invierno, yendo a patinar. A menudo iba a nadar con el bañador de Adán, como los otros niños, chicos y chicas; la naturaleza tenía pocos secretos para estos campesinos.

Una vez por semana - excepto durante el tiempo de cuaresma - el matarife de la aldea mataba un cerdo en una de las granjas. Él suministraba el animal y repartía la carne en las cestas enviadas por los paisanos que participaban en el "turno".

El párroco recibía siempre gratuitamente su parte del animal sacrificado. Este octogenario tenía la costumbre de venir personalmente a dar las gracias al donante. Durante una de estas visitas de cortesía, señaló, tras las formalidades acostumbradas, que no tenían, a su parecer, bastantes trozos de tocino los embutidos que él había recibido. Frans se calló, pero cuando el eclesiástico se fue dio a su esposa la orden de no enviar jamás nada a semejante sacerdote. Cato estaba contrariada, ya tenía la fama de ser avara; si excluía al cura de su generosidad, los chismes se extenderían lejos. Por esto, con ocasión de la entrega siguiente, deslizó en la cesta del párroco la nota de que no volviera a dar las gracias. Este último, que temía desde hacía tiempo la retirada de Frans del partido católico tradicional, pasándose a los liberales, fue rápidamente a casa de la parroquiana. Cato le apaciguó: ¿no sabía que su hija era religiosa ursulina en los Países Bajos? Podía enterarse del asunto en el convento de Tildonk donde sor Alexis estaba precisamente de vacaciones, con prohibición sin embargo de ir a ver a sus padres.

El párroco rogó a la madre superiora que autorizara a Eugénie pasar algunos días con su familia. Loca de contenta, Cato ordenó que todo debería estar perfecto para la vuelta de su primogénita; ella se puso de inmediato a lavar a grandes cubos de agua y a que todo brillara en la casa. Cuando los espacios estuvieron como os había imaginado, partió para Aerschot y visitó todos los almacenes con el fin de encontrar dos pequeños jarros de porcelana blanca adornados de un ramo de flores pintadas. De vuelta de su viaje, Frans se enfrentó contra su esposa, tratándola de "mujer gastadora". ¿Acaso no veía que los tiempos eran difíciles? La cosecha había sido mala y lo recogido estaba tocado por la enfermedad! Golpeó a su mujer, que huyó al corral interior y se puso a barrer como una rabiosa. Su sueño se había roto.

El día de la visita de Eugénie, Cato preparó la mesa larga como para una fiesta. Los vecinos y los amigos trajeron jarros de doble asa y cerveza recién hecha, así como platos con tartas, pasteles secos, salchichas y jamón de hueso. Cato puso todas las vituallas sobre la mesa. Colocó las sillas, también proporcionadas por los vecinos, a lo largo de las paredes. En el centro instaló, uno cerca del otro el más hermoso sillón, que procedía de la casa de su hermano Jacob como si fuera un trono destinado a su hija, y el sillón almohadillado de Frans.; así el padre y la hija podrían sentarse y platicar. Cuando todo estuvo a punto, roció arena blanca sobre el enlosado rojo, se quitó el delantal y corrió para llegar al cruce de los caminos, donde quería recibir a su hija. La calesa del convento se anunció con una nube de polvo y sobrepasó, sin pararse, a Cato que se puso a correr detrás del vehículo. Se quedó pasmada, sin aliento y sudorosa cuando la calesa se paró.

No fue Eugénie quien descendió sino Constance. Anunció sin más preámbulos que también ella tenía vocación. El rostro de Cato se petrificó: ¿era el día de Eugénie no el de Constance! Ella le ordenó que se callara. Después, por fin, como en un sueño, distinguió una toca alada que salía de la calesa: Eugénie, ahora sor Alexis, apareció como un pálido símbolo de bienaventuranza espiritual. Saludo a su madre con reserva, sonrió a sus hermanos y hermanas y entró en la casa, dirigiéndose derecha hacia el sillón de Frans.

Durante horas, Eugénie estuvo moviéndose por la sala, predicando, con un acento medio francés, medio holandés, los valores espirituales del ser misionero. Los jóvenes niños - Jef tenía entonces siete años - la miraban con admiración, porque para ellos encarnaba una suerte de felicidad eclesiástica. Antes de partir, Eugénie se inclinó hacia ellos diciéndoles, con una clara insistencia, que un día "su turno" llegaría también. A continuación montó en la calesa del convento.

Cató ordenó a Constance que había terminado los estudios, permanecer en casa, descartando con un gesto negligente su presunta vocación. La joven se encerró e un mutismo doloroso. La impresión de felicidad religiosa que le había dado Eugénie era tan profunda que quería imitarla. Yendo a la escuela, Augustto, que tenía nueve años, propuso "jugar a conventos". Paulina, que juzgaba la idea genial, persuadió a los otros niños para que les acompañaran al bosque en que los "enamorados" se encontraban a ocultas. Toda la jornada

jugaron a ser misioneros. Paulina que tenía ya once años, recitaba las oraciones en una especie de pseudofrancés con un ilusorio acento holandés. Augusto cerraba los ojos, inmerso en su fe. Jef, que no sabía demasiado qué hacer, hizo el papel de maestro. A su ejemplo, hizo arrodillarse a los alumnos en un rincón imaginario, poniéndoles en la cabeza hojas que parecían orejas de burro! Hacia las cinco de la tarde ya comenzaron a tener miedo: sus padres debían ya saber que no habían ido a la escuela. Desearon de repente convertirse en niños normales; habían oído a Cato y a otras madres llamarles sus condiscípulos que habían asistido a la escuela recibieron su azotaina pero no denunciaron a sus amigos. Un criado sugirió entonces ir a echar un vistazo al "pequeño bosque de los enamorados"; los otros se rieron a sus narices. El mozo no obstante fue allí y descubrirá la pequeña tropa, a la que anunció con una amplia sonrisa los castigos que les esperaban. Aquella noche, en Ninde, fueron numerosos los estudiantes que lanzaban gritos estridentes.

¿Puede verso en ello unos primeros indicios de vocación? Quizás, pero es innegable el signo de influencia que ejerció la visita de Eugénie sobre Pauline, Augusto Jef. Ellos creyeron verdaderamente que llegaría "su turno". Sin duda la vida religiosa representaba el último refugio, porque Cato se ponía cada vez más irascible. Cuando le daban sus arrebatos, los niños corrían a esconderse bajo el puente que franqueaba el Laak, un riachuelo que desembocaba en el Dyle, a dos pasos de su casa. Cato terminaba por fin encontrándolos, pero ocas veces los atrapaba, porque, mientras su corpulenta madre subía penosamente el terraplén empinado los niños ya habían huido por el otro lado.

Jef no era un niño fácil, era testarudo y colérico. Se ponía a veces en tales estados que cató no tenía otra solución que la de arrojarle agua en la cara. Era un temerario, que no dudaba en quedarse en la cumbre del tejado a horcajadas, le gustaba cabalgar a pelo, y se ofrecía siempre voluntario cuando había que echar humo en un enjambre de abejas.

Otro de su juegos peligrosos consistía en saltar desde lo alto de un talud al interior de una carreta que pasaba a toda velocidad, lo que requería un buen adiestramiento.. Un día los niños estaban de nuevo preparados para enfrentarse con el peligro, cuando el carretero les gritó que no saltaran. Pero era eso precisamente lo que les hacía palpar el corazón: Jef se lanzó demasiado pronto y dio con el rostro en el barro El carretero tiro apretando los riñones, los caballos coceaban relinchando y la rueda de la carreta atropelló la espalda del niño y le golpeó violentamente la cabeza. El carronato se paró, el buen hombre se precipito hacia el niño extendido unánime sobre el barro.

"Id a llamar a la patrona de Veuster", gritó. Los niños corrieron lo más rápido a Nide y volvieron con Cato espantada. Su pequeño Jef estaba tumbado sobre la plataforma de la carreta. El médico le prescribió reposo, esta muy pálido, pero vivo.

Permaneció acostado durante algunos días en la sala elegante, porque la luz del sol le producía dolores de cabeza. El médico le prescribió reposo. Como

Jef era un muchacho con buena salud, se repuso rápidamente pero conservó toda su vida los dolores de espalda. Después de este accidente, su visión disminuyó mucho en uno de sus ojos, por lo que se vio obligado a llevar gafas.

A mediados de agosto, Frans llevó a Pulina, Augusto y Jef a buscar a sus hermanos en el pensionado de Solvay. Pasaron por Bruselas, donde contemplaron los palacios reales, los inmuebles imponentes y las fuentes. En Rebecq embarcaron a Leoncio y Gérard, que habían terminado prácticamente sus estudios. Como cada año, Frans hizo una parada ante el cerro (artificial) que había sido erigido para conmemorar la batalla de Waterloo. Mostró a sus hijos el árbol desde donde Wellington había dirigido las tropas aliadas. Con su imaginación desbordante, Jef se puso de inmediato a jugar al estratega. Una vez más, Frans se vio enfrentado a su lote de problemas. Se recogió y almacenó el grano mojado con mucha dificultad. Después llegó el otoño, que fue inhabitualmente húmedo. Al año siguiente una enfermedad destruyó el centeno y las patatas, la alimentación del pobre. El precio de los granos más nobles, aumentó; como constituían lo esencial del negocio de Frans, realizó sustanciales beneficios y realizó sustanciales beneficios y restableció su posición económica.

Sin embargo la situación se deterioraba. En situaciones anteriores, el lunes, que era el día de paga, Cato depositaba unos céntimos sobre el apoyo de la ventana. Los vagabundos profesionales venían a coger la pieza que se les había destinado: Este sistema funcionó hasta 1847, en que se vio la llegada de nuevos mendigos. Familias enteras solicitaban. Familias enteras solicitaban humildemente un poco de alimento y de pan porque el hambre reinaba en la aldeas, y estas gentes debilitadas eran la presa fácil del cólera. Cato depositaba restos de alimentos sobre el borde de la ventana, pero los hambrientos no se contentaban con tomar un trozo, devoraban todo allí mismo. A través del cristal los pequeños de Veuster entreveían el rostro de espanto del hambre. Frans hizo colocar verjas en las ventanas y colocó el fusil cargado al lado de la puerta; el portal del corral permanecía constantemente cerrado. En la sala familiar, Cato conservaba un pequeño tonel de ginebra, del que ella se servía u pequeño vaso lleno cuando un visitante se marchaba, no porque tuviera miedo, según ella, sino para purificar su aliento. A la noche, estaba a menudo borracha y hacía la vida dura a sus niños que ahora no podían escapársele.

Un día lluvioso de diciembre una familia de miserables llamó a la puerta. Estaban empapados hasta los huesos y los pies desnudos de los pobres niños despavoridos se hundían en el barro helado. Cato sabía que no podía dejarlos entrar: el enrojecimiento que inflamaba de las mejillas de los chavales era un mal presagio. Pero su buen corazón se impuso a la desconfianza. Llenos de gratitud, los desgraciados se tomaron un tazón de sopa, calentándose los pies entumecidos en la lumbre del hogar antes de desaparecer en la fría noche. Dos días más tarde, Marieke tuvo fiebre. Las diarreas le vaciaban el cuerpo. Cato le daba caldo con la cuchara, pero Marieke lo vomitaba enseguida. Aplicó paños húmedos sobre la frente ardiente de la niña, se batió con encarnizamiento, rezó y echaba pestes, pero perdió finalmente la partida: la

víspera de Navidad 1847, la pequeña murió. Se cerraron las contraventanas y pintó una cruz blanca sobre la puerta porque la casa estaba contaminada. Constance y Cato lavaron el pequeño cadáver, le trenzaron los cabellos todavía mojados por el sudor y clavaron en él hojas como si fueran flores; le juntaron las manos sobre un crucifijo y la expusieron sobre una cama grande. Cato veló el pequeño cuerpo sin vida, los vecinos vinieron a saludar de lejos a la niña dormida. El cólera se había extendido por Tremelo y Marieke era una de las primeras víctimas. No se pudo enterrarla al día siguiente porque era el día de Navidad, ni al otro porque era domingo; las autoridades no habían tomado todavía medidas de urgencia. El 6 de enero 1848, un hijo de Jacob fue enterrado a su vez. Hubo cuarenta defunciones en seis días, la epidemia seguía la población sin miramientos.

La buena marcha de los negocios de Frans no le aportaba más que una débil consolación. A finales de 1847, sus economías se elevaban a 1.200 francos, porque había vendido su grano a precios prohibitivos. Pero al presente, ya no tenía nada que ofrecer; también, al año siguiente, su peculio se había reducido a 280 francos. Vendió algunos bienes y reunió 1.575 francos, una suma de la que tenía suma necesidad. En efecto, Léonce había sacado un mal número y debía en teoría partir por tres años bajo el servicio de las banderas. Frans contrató a un primo de Cato para reemplazar a su hijo mayor en el ejército y permitir a este último encargarse de la explotación, mientras partían él mismo y su segundo, Gérard, a Austria.

A consecuencia de la enfermedad y el hambre, la población sufría de hipertensión, un fenómeno que no se remediaba entonces más que con la sangría o la aplicación de las sanguijuelas. Este segundo método era mucho más eficaz, pero los gusanos habían llegado a ser muy raros. Por esta razón es por la que los de Veuster concibieron el plan de ir a comprar a Viena un cargamento de *Hirudo medicinalis*. La organización del transporte era bastante delicada. Instalaron en una carreta un gran armario con cajones estancos. Cato, Constance y Paulina confeccionaron sacos cerrados por una cuerda. Dos veces al día Gérard tendría que debería agarrarlos con un bastón, hundirlos en agua corriente y llenar de agua fresca cada cajón.

En primavera 1849, el padre y el hijo se embarcaron hacia Alemania, un país desolado por la guerra civil. Todo sucedió como habían previsto y, durante el verano, llegaron a la ciudad de Viena, donde aún se agitaban los disturbios. No encontraron en ella más que pocas sanguijuelas y tuvieron que subir hasta Budapest.

En noviembre, cuando se anunció la llegada del vehículo Jef partió al encuentro de su padre y de su hermano; pudo tomar plaza en el asiento del cochero cuando hicieron su entrada triunfal en la aldea. La demanda de sanguijuelas era muy fuerte, el comercio era floreciente. Los comerciantes venían a comprar a Tremelo cestas llenas de gusanos que llevaban sobre sus espaldas; hablaban francés o alemán. Así es como Jef hizo su primer aprendizaje de estas lenguas.

El 17 de febrero de 1850 se inundó toda la planicie del Dyle. La familia se refugió en el piso y, cuando se encontraron sin víveres, Gérard y Jef pusieron en el agua una media cubeta de lavar, Gérard y Jef para remar hasta Haecht y comprar allí lo estrictamente necesario. Esta inundación fue una auténtica catástrofe para los de Veuster: sus preciosas sanguijuelas se las tragó el agua. En primavera, Frans no tuvo otro recurso que el de emprender de nuevo la dirección de Austria.

Gérard y su padre ya habían vuelto a casa hacía unos seis meses, cuando fue confirmado el 13 de abril 1851, domingo de Ramos. Orgulloso como Artaban, vestido con un ropaje nuevo y calzado con verdaderos zapatos, se daba importancia sobre el asiento del cochero. Solamente Paulina, que estaba de pensionista en los Países Bajos, no asistió a la ceremonia. Pero Augusto robó la primacía a su hermano gritando por todas partes que en otoño entraría en el seminario menor de Malinas.

Cuando se fue, Jef fue el único niño que había en casa; Léonce, Gérard y Constance habitaban allí, pero ya eran adultos. Jef contaba los días que le separaban del momento en que partiría, también él, y también para Malinas. Sin embargo no se aburría; nadaba a menudo, le gustaba patinar durante el invierno con sus hermanos: Léonce era el más ágil y Gérard el más rápido, pero Jef era el más temerario.

En el verano de 1854, obtuvo su certificado de estudios primarios. En casa de los de Veuster, tanto en la de Frans como en la de Jacob, los jóvenes cursaban los estudios secundarios: las hermanas de Jef habían ido a las ursulinas, Léonce y Gérard habían frecuentado, como sus padres, el instituto Solvay, Augusto y sus primos seguían los cursos del prestigioso seminario menor de Malinas. Jef pensaba tener, también él, el derecho de proseguir su escolarización. Era capaz de seguir los estudios secundarios y, sin embargo todo parecía indicar que él sería el único en no sobrepasar el estadio de la escuela primaria. Esta situación no venía dictada ciertamente por razones financieras, porque las economías de Frans se elevaban en 1854 a 1.105 francos.

El instructor, maestro Bols, ¿había dado algún parecer desfavorable? ¿A menos que Cato hubiera rehusado dejar marcharse a su benjamín? ¿Temía que el seminario menor - en que no se formaba necesariamente para el sacerdocio, pero donde a los alumnos se les animaba fuertemente al compromiso con ese camino - le diera la vocación a Jef? ¿A menos que la razón, además, no fuera la tragedia del 14 de abril 1854? Frans estaba en la casa cuando, de repente, la calesa del convento de las ursulinas se paró delante de la puerta. El cochero traía una carta: Eugénie había contraído el tifus preparando, contra el parecer de todos, a una niña enferma para la confirmación. Su estado era crítico.

Cato quiso partir inmediatamente, pero Frans la obligó a permanecer en Tremelo. Temía lo irremediable y quiso estar lo más rápido posible a la cabecera de su hija, lo que no era posible más que yendo allí a caballo. Al

acercarse a la construcción imponente, que reunía el colegio y el convento, Frans oyó doblar las campanas. Todo su coraje se hundió en un océano de tristeza. Entró en un taberna y pidió un vaso de ginebra. Unos hombres jugaban a las cartas en una mesa cercana y discutían de la religiosa belga que hablaba cinco lenguas. Acababa de morir.

Frans comprendió que se trataba de su Eugénie, la niña que había educado como la suya. Esto era demasiado para este hombre taciturno: dejó inmediatamente los lugares y se alejó del pomposo edificio donde su otra Paulina velaba a la difunta. Todavía escuchaba las últimas palabras de Eugénie: *"Me voy con Jesús. Adiós mis hermanas... Adiós. Mi Madre Adiós. Adiós Pauline, que seas prudente."*

Paulina, que ignoraba había dejado la ciudad sin venir a consolarla, se llevó a su habitación la cabeza de muerto que se encontraba sobre la mesilla de cabecera de su hermana. Ahora se preguntaba si ella tenía vocación. Tomó el velo en 1856, sin estar convencida sin embargo de ser llamada por el Señor.

Jef llevaba aún un brazalete de duelo cuando terminó la escuela primaria. Contrariado por ser el único de su familia de no tener derecho a una instrucción más elevada, despreció las responsabilidades que le fueron confiadas en el negocio. Estaba encargado de pagar al personal y de conducir el tronco de caballos de su hermano Léonce, que recitaba el rosario durante los largos viajes que emprendían. Jef admiraba a este hermano que conocía de memoria todos los misterios de la fe; le envidiaba cuando le escuchaba negociar en francés.

Si, durante la semana, Jef se consideraba como un rústico, el sábado por la noche las cosas cambiaban: salía con el grupo de jóvenes de Tremelo que aprovechaba las kermeses de los alrededores. A menudo, durante el camino, algunas de las parejas se eclipsaban. Jef, que no había nacido en la última lluvia, no ignoraba lo que Léonce y Marieke Feyaerts hacían en los bosques. Todas estas experiencias enseñaban a Jef más que todo cuando hubiera podido prender sobre los bancos de la escuela. Esto era lo que todos aseguraban, pero sin embargo experimentaba una cierta envidia hacia el brillante estudiante Augusto, que pensaba entrar en una congregación que enviaba misioneros a las islas Sandwich, en el Pacífico. En la biblioteca de la escuela descubrió un pequeño libro escrito por un religioso francés, el padre Frézal Tardieu, superior del colegio de Misiones Extranjeras en Lovaina. En el libro se indicaba que el nombre oficial de los padres llamados por el vulgo de "Picpus", era el de "Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María". El "turno" de Augusto estaba próximo a llegar. En cuanto a Pauline, había dado el paso, ahora era sor Alphonse. ¿Y Jef? Debía montar las vacas por los toros y repetirlo en ciertos casos hasta diecisiete veces.

En el siglo XIX, la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María estaba muy extendida. Numerosas congregaciones, al haber integrado este simbolismo en su nombre, dio lugar a numerosas confusiones, de modo que se las conoció por unos sobrenombres. Como la casa madre de los Padres de

los Sagrados Corazones estaba situada en París, calle de Picpus, se les añadió este apodo. Monasterio de religiosas agustinas hasta la Revolución francesa, el establecimiento quedó cerrado por los "*sans culottes*" que enterraron en el jardín las víctimas de la guillotina que funcionó sin descanso en la cercana Plaza del Trono; después de la Revolución, los Padres de Picpus asumieron la misión sagrada de cuidar del osario de las fosas comunes en que habían arrojado un buen millar de decapitados.

Todo esto no figuraba en el opúsculo "*Missions catholiques des îles Sandwich ou Hawaii*". El padre Tardieu relataba en él en términos grandilocuentes las persecuciones de que habían sido objeto en este lejano archipiélago. Augusto se puso a soñar en convertir a estos salvajes, que no solamente adoraban a los ídolos, sino que habían adoptado el protestantismo. El panfleto terminaba con una llamada exhortando a la comunidad católica a "*dirigir a Dos fervientes oraciones cada día para rogarle que enviara obreros a su viña; porque la cosecha es grande y los obreros pocos*".

En 1857, Frans y Cato aconsejaron una vez más a Augusto para que se inscribiera en la universidad, pero el joven persistía en querer entrar en la Congregación. Su madre que le creía demasiado joven, deseaba verle primero hacer los estudios o trabajar algunos años. Como esta posición no estaba dictada por consideraciones financieras, Augusto propuso a sus padres que visitaran con él la institución de Lovaina, antes de formular sus objeciones. La portada majestuosa anunciaba un convento riquísimo pero en el interior de os muros era la pobreza la que reinaba. Fueron introducidos en un recibidor con las paredes vacías. El padre superior - el francés que había redactado el fatídico fascículo - era un hombre de ancha frente y ojos inteligentes. Augusto que había contado con el entusiasmo de sus padres, no recibió más que críticas: ¿por qué escoger una orden pobre? ¿No había ya sucumbido Eugénie a las privaciones? No pudiendo convencer a su hijo, Cato le rogó que esperara al matrimonio de Leonce, que debía celebrarse unos días más tarde.. Pero el joven rehusó obstinadamente, quería entrar en la Congregación en una fecha simbólica: el 9 de octubre, día de su vigésimo aniversario. Y así lo hizo. Escogió el nombre de hermano Pánfilo.

Jef siguió todas estas peripecias a distancia. Comprendía las lamentaciones de su madre sobre el matrimonio, la vocación de sus hijos y los gastos realizados. Temía quedar prisionero e este ambiente estrecho, como Léonce, Gé y Constance, que ellos al menos podían leer libros en francés!

Cuando las frustraciones de Jef dieron lugar una disputa abierta, Frans y Cato decidieron - algunos días después del nacimiento de su primer nieto (Jan, nacido el abril 1858) - enviar a su hijo más pequeño a la escuela comercial de la pequeña villa francófona de Braine-le-Comte, no lejos de Rebecq, donde ellos antes habían cursado sus estudios. Estimaron efectivamente incorrecto para su hijo Jef que fuera el único de Veuster que no conocía el francés. Si sí lo deseaba, Jef podría después seguir cursos en Amberes, donde su padrino le ofrecería alimento y cama. Lleno de alegría, Cato llevó a su benjamín a

Aerschot para comprarle una vestimenta de paño y un sombrero redondo y abombado. Algunos días después, Frans condujo a su hijo radiante a la escuela.

Los primeros días, Jef se comportó como un sordomudo, un verdadero idiota. Sus condiscípulos valoneses reían de él porque no comprendía el francés, llegaron enseguida a las manos y Jef rasgó su nuevo pantalón. El joven de dieciocho años no se atrevió a señalar este incidente en la carta en que relata a sus padres, en un francés desmañado, cómo es objeto de las bromas. Después las novatadas disminuyeron, pues Jef había cogido la costumbre de dar un buen golpe con la regla a quienes buscaban camorra, una actitud que le valió muy pronto la reputación de camorrista.

Como quería a toda costa recuperar su retraso preguntaba constantemente a sus compañeros francófonos de deletrearle las palabras. Gracias a su excelente memoria, hizo rápidos progresos. Practicaba mucho, llenaba cuadernos de escritura, tenía sin cesar necesidad de nuevos libros, de plumas y de papel, reclamaba continuamente dinero a sus padres y al fin terminó por declarar que había rasgado su pantalón.

El lunes de Pentecostés, día de la procesión a Wechter, asistió a un cortejo similar en la villa muy próxima de Soignis, donde se llevaba con gran pompa el relicario de oro de San Vicente, y visitó enseguida la feria en compañía de cinco condiscípulos flamencos. Le apenaba sin embargo no estar presente en Tremelo en ese día, porque su hermana Pauline estaba de paso. Preguntó a sus padres en un francés aproximativo: "*Je vous prie de me dire comment ce porte ma soeur et tous les autres choses*" ("os ruego me digáis cómo se encuentra mi hermana y todas las otras cosas").

En el colegio, copiaba frases difíciles, como "*Les maladies de l'âme sont difficiles à guérir*" y en adelante ya no se excusó más de las numerosas faltas de francés que cometía. En julio, seguro de que "su turno" ya había llegado, temía las vacaciones en las que, durante un mes y medio no hablaría más que flamenco. Se dirigió a su hermano Augusto que discutió con su superior sobre la oportunidad de acoger a Jef en el convento de Louvain, donde la lengua vehicular era el francés. Para apoyar su petición, el hermano Pánfilo señaló prudentemente a su superior que Jef tenía quizás la vocación.

Cuando Jef supo que Pauline había tomado el hábito, se embolsó: "*Qué felicidad para ella, queridos padres*" después, bajo el impulso de la emoción, continuó su carta en flamenco: "Ha tenido la suerte de realizar su misión, la más difícil que hemos de tomar en ese mundo. Espero que ese será al presente mi turno, queridos padres, el escoger el camino que debo seguir. ¿Será imposible para mi seguir a vuestro hijo Pánfilo?"

El 15 de agosto primer día de vacaciones, Jef anuncia a sus padres que pasará este periodo en Louvain. Estalló una violenta disputa y el joven muchacho partió al instante. Tuvo ocasión de hacer la experiencia conventual, que le agradó sin reserva alguna. Le gustaba particularmente la calma y el silencio y

pensó entrar en una orden contemplativa, como los trapenses. El padre superior, Frézal Tardieu, le persuadió para que terminara sus estudios comerciales y después emprendería el aprendizaje del latín y del griego, indispensables para llegar a ser sacerdote.

El nuevo año escolar comenzó en octubre con un retiro espiritual, dirigido por un padre Redentorista. Esta Congregación, fundada por San Alfonse-Marie de Liguori, tenía como misión principal predicar la palabra de Dios. Buscando suscitar un nuevo celo religioso esgrimiendo la amenaza de la condenación, sus miembros tenían fama de predicar sermones de una áspera severidad. e este modo las sombrías bóvedas románicas de la iglesia de Saint Géry de Braine-le-Comte devolvían los anatemas que hacía tronar el predicador desde lo alto del pulpito. Jef comprendió que, si no seguía su vocación, ardería en el infierno y que todos cuantos se lo impidieran arderían con él.

Pero no estaba aún totalmente seguro de la decisión que comprometería toda su vida. Rezó más de una vez hasta tarde en la noche y abordó la cuestión con el director de la escuela; el mantenía siempre la idea de hacerse trapense. El 1 de diciembre, hizo saber a sus padres que después de Año Nuevo, pasaría ocho días en Tremelo. En esta carta, más afectuosa que de costumbre - *"No sabría bastante probarles mi reconocimiento por todos los beneficios con que me han colmado desde mi más tierna edad"* - no hace aún alusión alguna a su vocación. Les escribe en términos más explícitos el día de Navidad. Recurriendo a su lengua materna, les anuncia con bastante amargura su decisión de seguir su vocación religiosa. "No creo que rehusen que me comprometa en este estado, porque es Dios quien me llama allí y es Él a quien debo obedecer, porque impidiendo a su hijo seguir la voluntad de Dios aceptando un estado, se mostrarían muy ingratos hacia Él que podría por esta razón castigarles de manera espantosa, y yo por mi parte podría de este modo cometer una falta irreparable de perder la vocación a la que me ha destinado desde mi infancia y sería así desgraciado por la eternidad".

El día de su cumpleaños, escribe la carta tradicional de agradecimiento a sus padres por su decimonono aniversario, entra en el convento un año antes que su hermano Pánfilo Sin una palabra, el padre y la madre fueron a Louvain. En el momento de despedirse de su hijo, Frans le confió un breve mensaje, que era a la vez una súplica y una orden: Tomaría el último tren; si Jef cambiaba de opinión, podrían volver a casa juntos. Frans subió solo en el último tren.

Capítulo II

ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES 1859-1863

El día de su diecinueve años, José deVeuster entró en el convento de Picpus, como simple invitado de la Congregación. El maestro de novicios disponía de cuatro semanas para determinar si el joven era capaz de adaptarse a un ritmo de vida estricto y monótono. Jef estaba todavía vestido de paisano y se hacía llamar *Monsieur Joseph*. Tenía la intención de tomar en religión el nombre de *Damián* en recuerdo de aquel joven médico que había sido martirizado en el siglo IV en compañía de su hermano Côme y del que cato le había leído la vida en el gran libro con caracteres góticos. Augusto también había escogido el nombre de *Pánfilo* como recuerdo de un relato semejante.

Las actividades comenzaban con la aurora, pero Jef no le causaba pena alguna en levantarse pronto, no se adormilaba durante la meditación en la capilla, seguía atentamente las oraciones de la mañana, no se dejaba distraer durante la misa y respetaba el silencio impuesto durante el desayuno. No se quejaba durante los cursos de Sagrada Escritura dados en locales mal calentados. A la hora del desayuno, escuchaba con atención la lectura de las cartas de los misioneros.

El recreo era el único momento en que Pánfilo podía conversar con su hermano. El mayor intentaba entonces convencer a su hermano menor de que fuera misionero, el apostolado que representaba a sus ojos la forma óptima del servicio a los demás. La regla de Benito de Nursia, que había sido tomada por la Congregación de Picpus, ¿no prescribía el don de sí y a ayuda a otro? Dos semanas después de la llegada de Jef, Pánfilo partió a París, con el fin de prepararse a pronunciar sus votos perpetuos.

El maestro de novicios estimaba que Jef había captado, desde el primer día, el espíritu de la congregación. Los picpucianos debían imitar de cuatro maneras la vida de Cristo. Su infancia les remitía a su misión educativa, ahora bien Jef quería ser enseñante. Los padres y los novicios estaban obligados a participar durante media hora diaria en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento el Altar por referencia a los años ocultos de la vida de Jesús. En cuanto a la misión apostólica de Cristo y a su crucifixión, los picpucianos la conmemoraban por la penitencia y las mortificaciones. Allí se extendía un campo que exaltaba particularmente al joven postulante: quería absolutamente llegara ser un "hijo de los Sagrados Corazones".

El 2 de febrero 1859, día de la Candelaria y fiesta de la universidad de Lovaina, Jef pronunció tres votos provisorios [y promisorios] gracias a los que sería admitido por un periodo de ensayo en la congregación.. En adelante se llamaría hermano Damián José de Veuster.

Resultaba extraño andar vestido de una sotana que os golpeaba en las piernas y oír llamarse "hermano Damián". Debía todavía acostumbrarse a la soledad y el aislamiento, razón por la que los altos muros del convento protegían a sus habitantes del mundo exterior. En la única carta a sus padres que nos ha sido conservada de este periodo, les pide de manera bastante impersonal que le envíen el acta de nacimiento y de bautismo de Pánfilo, para que este último pueda pronunciar sus votos perpetuos [en París].

El maestro de novicios, un religioso de unos cuarenta años, falto de todo sentido del humor, tenía un juicio positivo sobre Damián. Enseñaba la teología ascética y no era en manera alguna popular entre los estudiantes, porque era un perfeccionista que exigía un trabajo impecable. Más tarde, comparará a Damián a Luis de Gonzaga: *"Desde el primer día se encontraba en la comunidad como si la hubiera vivido desde siempre. Una cierta holgura, una dulce alegría, una serenidad calma, reflejan la felicidad de su alma y recuerdan la palabra de Luis de Gonzaga a su entrada en el noviciado y en su celda: "Encuentro mi descanso en esta casa, permaneceré en ella porque mi corazón la ha tomado afecto"*.

Al contrario, el nuevo superior de la comunidad lovaniense, Wenceslas Vincke, no compartía esta opinión sobretodo después del incidente del banco de escuela. Este hombre decepcionado por la existencia creía inculcar a sus estudiantes la templanza y la concentración haciéndoles repetir las tres palabras "silencio, recogimiento, oración". Los novicios estaban obligados a cerrar los ojos para evitar toda distracción y él mismo les miraba imperturbablemente cerrado. De repente, oyó un chirrido. No vaciló; continuó delineando las tres palabras, esperando que el perturbador cesaría en su pequeño juego, pero el chirrido se prolongaba. Irritado levanto la cabeza y constató para su estupefacción, que Damián estaba ocupado en grabar las tres exhortaciones en su pupitre, para estar cierto de no olvidarlas jamás. La cólera enrojeció las mejillas de Wenceslas, quien se puso a fulminar a un Damián estupefacto. Se habló de "exclusión".

Este incidente volvió sobre el tapete con ocasión de la evaluación semestral de los estudiantes. Damián creaba a sus superiores un problema. Por un lado, su ardor exagerado le había conducido a estropear el material de la comunidad pero por otra parte, el problema de su estatuto era más complicado. Había tan pocos 'hermanos de coro' (una clase intermedia entre los hermanos conversos y los sacerdotes instruidos) que la casa madre de París había decidido suprimir esta categoría. No se veían más que tres salidas: Damián podía dejar la congregación o convertirse en hermano converso. Estas soluciones eran simples, sin duda, pero injustas para un estudiante inteligente y con tanto celo. La última opción presentaba más dificultades: imponerle el estudio del latín fuera de las horas de los cursos, era una tarea ardua que constituiría un test de su resistencia.. Si se mostrara capaz., como antes de él el Párroco de Ars, merecería que se le diera la posibilidad de prepararse al sacerdocio.

El joven aceptó el reto. Fue ayudado por el ecónomo, que le dispensó de los cursos suplementarios y, a partir de agosto 1859, por Pánfilo vuelto de París, donde había profesado los votos perpetuos. No habitando ya la casa de los novicios y siguiendo sus estudios en la universidad, Pánfilo tenía poco tiempo para consagrar a su hermano; además, no se tomaba las cosas muy en serio, sus superiores le consideraban como un "poltrón".

Sea de ello lo que fuere, desde mayo 1860, Damián fue capaz de traducir a libro abierto cualquier párrafo del historiador romano Cornelius Nepos. Esta hazaña se impuso a su superior, quien la envió a comenzar su seminario en París.

Damián se fue para hacer una breve visita a Tremelo, donde apenas reconoció su casa natal.

El 7 de junio en compañía del hermano Chrétien Willem, Damián comenzó el largo viaje a París. La emoción reinaba a su llegada e la estación del Norte donde acababan de ser repatriados los soldados heridos supervivientes de una campaña que el ejército francés había entablado en Italia contra Austria, por ser Francia aliada de los defensores de la unidad italiana en guerra contra el imperio de los Habsbourg.

También la guerra estaba a la del orden del día en la calle Picpus. Los picpucianos estaban ariscamente opuestos a Napoleón III y a su aliado Garibaldi que quería hacerse con los Estados pontificos. Creían que si el emperador había enviado un cuerpo expedicionario al Líbano para proteger de los islamistas a los cristianos maronitas, este gesto estaba dictado por el solo deseo de con la ayuda de la iglesia en Francia los picpucianos franceses de tendencia conservadora, eran hostiles a las ideas del pensador Félicité Lamennais que propagaba separación de la iglesia y del Estado, el reconocimiento de la libertad de prensa y de la libertad de enseñanza, brevemente, un cristianismo liberal que, según ellos, minaba la autoridad papal.

Damien y Chrétien no hicieron más que pasar por la casa madre, siendo su destino final el noviciado instalado en Issy, que no era entonces más que un pueblo separado de la capital por el bosque de Boulogne. Todos los miércoles por la tarde, los novicios salían a pasearse en grupo entre los viñedos, los bosques y los campos de Napoleón III. Los restantes días estaban reglamentados por un programa muy estricto: meditación, oración, misa, estudio, breve recreo. El acento se mantenía sobre tres virtudes: la humildad, la obediencia y el silencio. Vivir en silencio, les explicaban los profesores, no significaba callarse sino contener la marea verbal, limitarse a las palabras sabias y estrictamente necesarias. Los estudiantes debían también aprender a obedecer sin refunfuñar a sus profesores, cuando sus exigencias estaban justificadas; debían igualmente tomar conciencia de su insignificancia. La humildad, la virtud central, podía ejercerse de doce maneras diferentes. Ser humilde, era temer a Dios, reprimir su propia voluntad y someterse totalmente a la de los superiores. Más tarde, el obispo de Damián, Hermann Köeckemann le reprochara de falta de humildad por no obedecer siempre sus

órdenes. Lo mismo que en Braine-le-Comte, Damián era continuamente objeto de bromas de parte de sus condiscípulos en Yssy. Los novicios le trataban de paisano inmaduro, estúpido e inculto. Ahora se abstenía de golpearles, pero las cosas podían llegar a veces demasiado lejos. Así sucedió un día cuando en un rincón del patio de recreo, un grupo de criticadores se quejaba en voz alta de los superiores. Damián se dirigió derecho a ellos y soltó su veneno: "*Eso es indigno de un hijo de los Sagrados Corazones*". A la vista de este joven mofletudo y pesadamente construido que les insultaba con un acento flamenco pronunciado, el grupo estalló de risa.

Los franceses le encontraban ridículo. Cuando se abordaba una cuestión complicada y cuando un profesor usaba términos sofisticados se veía inflarse su cabeza como la de una cobra; enrojecía, respiraba difícilmente. Toda la clase reía por dentro.

Estas molestias y la vida conventual eran duras físicamente, pero sobretodo psicológicamente. Si la mayor parte de los novicios soportaban fácilmente recogerse durante el día ante el altar en el reclinatorio, les era más difícil levantarse en plena noche, para dar gracias al Señor durante una hora. Damián, se ofrecía voluntario para asegurar la adoración a las dos de la mañana; muchas horas invocaba a San José, el Patrón de la Congregación, que era también su santo tutelar. Los profesores apoyaban a este estudiante animado por un verdadero "espíritu de caridad" - porque no respondía a las burlas - y que trabajaba duro para simular, en una lengua que no dominaba perfectamente, materias tan arduas como la teología, la moral y la Regla de San Benito de Nursia. El maestro de novicios, un personaje dulce y amable, temiendo que Damián no fuera uno de esos hombres que, queriendo preparar el asalto del cielo, se rompe las piernas.

El más ardiente defensor de Damián era Fréza Tardieu, su antiguo superior de Louvain, que le había animado a proseguir los estudios. Lo que no quiere decir que le facilitara la tarea, ahora que era su profesor de historia de la Iglesia, una rama que consistía en memorizar una infinidad de hechos.

Este valeroso trabajo fue recompensado en la reunión del capítulo francés, que deliberó sobre la admisión de tres candidatos en la congregación de los Sagrados Corazones y no admitió más que a Damián y Chrétien. El sueño inaccesible del joven flamenco se había hecho realidad.